

# EL CASTILLO

DE TUDELA

---

DATOS HISTORICOS

RECOPIADOS POR

CON MARIANO SAINZ Y PEREZ DE LABRADA.



TUDELA  
Imp. y Lib. de Julio Subirán, Yanguas, 1  
1904

**El Castillo de Tudela**


T/

Biblioteca / Librería  
195955



4-13-14 (25)

# EL CASTILLO

DE

T U D E L A

## DATOS HISTORICOS

RECOPILADOS POR

D. MARIANO SAINZ Y PEREZ DE LABORDA.



TUDELA.

Imprenta y Librería de Julio Subirán, Yanguas, 1  
1904.



## El Castillo de Tudela.

---

**T**uvo tanto de fortaleza, como de alcázar y prisión; ahora ¡triste designio del tiempo! ni de fortaleza, ni alcázar, conserva apenas el menor vestigio.

Derruidas sus almenas y atalayas, la voz del centinela no resuena entre el vasto contorno de su recinto y murallas; la luna no bordea con hilos de plata, las fantásticas formas de sus torrecillas y minaretes; las grandiosas bóvedas y artesonados de sus cámaras, no cobijan ya á aquellos famosos guerreros navarros que desde el Conde de Alperche hasta los reyes D. Sancho *el Fuerte* y Teobaldos, hicieron gala de su empuje en admirables hechos de armas; pasaron como vaguedad soñolienta, los ecos de festines y aprestos de montería con que la Corona navarra acostumbraba á obsequiar á lo más conspicuo de su Corte. Ya nadie, cristiano ó moro, quebraría una lanza, ni saltaría una ballesta por la

posesión del Castillo tudelano, de ese coloso inexpugnable en las discordias de la Edad Media.

No hay nada que resista la acción del tiempo, y pagando su indispensable tributo, nuestro Castillo, orgullo de reyes, morada favorita de princesas, mansión ilustre de galanterías y donosuras, rica preseña de la Corona del reino, á la vez que escollo invencible á sus conquistadores y triste albergue para el quebrantador de la ley, ha quedado convertido en una especie de masa fósil, sin trovadores que canten sus proezas, sin juglares que amenicen sus fiestas, sin mesnadas que lo custodien, sin ninguna de esas inverosímiles tradiciones á que dá calor la fantasía popular, sin nada, en fin, que abra ante el curioso visitante una sola página, una tan solo de las muy gloriosas que su reconocido poderío supo imprimir en la antigua historia de nuestro solar querido.

Ya no es aquel... Castillo famoso  
De Tudela vigilante  
Con sus almenas, su foso,  
Y su aspecto de gigante,

que expresaba una canción popular.

Sin embargo, en medio de su aislamiento y soledad, las generaciones sucedidas, no han podido borrar su tradicional nombre de «Castillo de Tudela»; y esta circunstancia nos induce á creer, que no será labor inútil la que dediquemos á recopilar algunas noticias de las que andan desperdigadas por los libros y archivos, ofreciéndolas á la publicidad.



## PRIMERA ÉPOCA

QUÉDESE para otros apurar la paciencia en la investigación del origen de tan histórico Castillo. A nosotros basta y sobra con saber, que á los que á esta clase de inquisiciones se dedicaron, les fué imposible fijar la época de su nacimiento y otorgarle su correspondiente fé de vida.

De aquí se ofrece un ancho campo á toda clase de raciocinios; y supeditándonos al propio tenemos por probable, que en las épocas cartaginesa y romana de la historia de España, abundantes por demás en luchas de conquista, debió existir ese Castillo por la situación topográfica y extratéctica que brinda un monte que tiene por foso al Ebro en un lado, y por el otro cierta pendiente accidentada y agreste, muy apropiado en su natural defensa para vigilar la zona del río, rica en múltiples producciones, ó para servir de base ó apoyo á otros secundarios avances.

Aún no siendo esto así, más lógico tal vez pareciera, que en las tradicionales contiendas sosteni-

das por los vascones contra la irrupción de los godos, los unos por reserva y los otros por pretender el dominio del territorio navarro, se levantára esa fortaleza que á cualesquiera que la poseyese había de prestar singular ayuda. Pero como no se conservan documentos de época tan ignota, hay que discutir, como si digéramos, por superposición de ideas, ó sea colocando libremente cada cual las suyas en el punto y razón que conceptúe más del caso.

Pero lo que parece fuera de toda duda, ya se tome sobre el origen de Tudela la opinión del P. Morret, apoyada en las notas de Gerardo Mercator, de que antes que nuestra Ciudad existió la antiquísima *Muscavia* en Mosquera, cuyas ruinas dice que observó en el siglo XVII, y que se trasladó al abrigo del Castillo para su mejor custodia, de donde le sobrevino el nombre de *Tutela*, como defensa de la frontera, pues lo era en tiempo del rey Leovigildo, que había ganado la Celtibería y parece tenía intento de guerrear por aquella parte, ó ya la de otros escritores, como Díaz Brabo, que achacan su fundación á días más remotos, lo que creemos fuera de discusión, repetimos, es que, por razón natural, el lugar fortificado debió ser anterior al urbano, cuál acontece en el origen conocido de otros muchos pueblos similares al nuestro.

Pasada esta primera etapa, que en lo único que nos ilustra es, en que Tudela gozaba de existencia propia, debida á la franquicia de su fuerte, el seguimiento de la historia revela signos indudables de la importancia bélica que conservaba, dado el primitivo sistema de medios de combate.

Entrando ya en el período de la invasión agare-

na, durante la que España sufrió un yugo de 400 años, nos encontramos con que Tudela y su Castillo fueron también víctimas de él, por más que para consuelo de sus desdichas, la elevasen nada menos que á capitalidad de un pequeño reino musulmán.

Corría el año 700 y pico de la Era cristiana, y Vlit Miramamolín, receloso de las glorias que adquiría en España Tarif, envió á Muza, su Prefecto en Africa, con un numeroso ejército á disputarle las conquistas: pasó el Estrecho y sin oposición apenas, dominó varias poblaciones y por último á Zaragoza: los de Tudela quedáronse consternados al saber la noticia, y como Muza se corría con la inmensa multitud de sus gentes por la ribera occidental del Ebro hasta muy cerca de nuestra Ciudad, no contando sus habitantes con suficientes medios de resistencia, decidieron capitular, haciéndose la morisca dueña y señora de su Castillo. Quedaron sorprendidos de la inexpugnabilidad y situación excepcional de esta prominencia, de la bondad de los campos que la rodeaban y de otras circunstancias favorables en extremo á sus proyectos, hasta llegar á presentir, como despues sucedió, que tán hermoso fuerte y Ciudad habían de ser punto definitivo de su estancia.

Así como en nuestros días el desarrollo é importancia de las poblaciones, depende de las facilidades del comercio, de su mayor ó menor proximidad al litoral, ó de otras causas parecidas, en aquellos otros á que estas notas se refieren, todo se hallaba supeditado á los accidentes de sus interminables guerras, sucumbiendo en su aislamiento, ó atravesando raquífica vida, las que carecían de poderosos medios sostén.

De aquí se deduce, que el alma de Tudela era su Castillo, y bajo su salvaguardia y garantía disfrutaba de un relativo reposo, generador, como más adelante se dirá, para constituirse en cabeza de esta comarca, extender notablemente su poblado, alzarse en buena plaza comercial, y aprovechar otros beneficios que sin esa circunstancia le hubiese sido difícil obtener.

Los moros que desde el momento de su posesión habían simpatizado con el benigno carácter de sus habitantes, comenzaron á sacar de la situación de este pueblo todo el partido posible, no solo aumentando las condiciones defensivas del Castillo tudelano, sino también de cuanto afectaba al urbe. Así al menos se desprende de lo que decía el árabe Rasís, escritor muy cercano á aquellos tiempos; *en Tudela, consigna, moraban más gentes que en todos los otros pueblos, y allí traían los moros las tiendas de Narbona y Barcelona, y por la bondad de la gente de Tudela y su gran poder (que no era otro que el de su Castillo) convinieron á los de Tarazona estar bajo el dominio de Tudela: en el término de Tudela había muchas villas y Castillos, de los cuales uno era Armentera* (el P. Moret sospecha que ese Castillo estuvo situado hacia la parte de Logroño) *y el tiempo que fué de los moros, Armentera era como escudo contra los cristianos.*

Quítese á Tudela su Castillo y se verá convertida como otros poblados, en juguete de las vicisitudes de las guerras antiguas. Su grandeza y predominio por los años 800 de la Era cristiana, se debe esencialmente á que las oscilaciones del terreno le pusieron por cabeza un monte casi inaccesible. En

todos esos años, Tudela fué lo que era su Castillo: sin él la historia pátria no la dedicaría tanta preferencia, ni los reyes navarros la hubiesen hecho feudo distinguido de su corona.

Reparadas, como antes decimos, por sus nuevos señores las murallas del Castillo coronándolas con diversos torreones y almenas, y ejecutado cuanto tuvieron por más provechoso á su instalación en Tudela, abrieron fronteras contra los cristianos por la parte occidental del Ebro, seguros del valor del punto que les servía de apoyo, llegando á conquistarles muchas villas y lugares. Extendido así su territorio, declararon á Tudela Ciudad Real, independiente del mismo, proclamándose Muza su primer rey, en cuyo título le sucedieron al fallecer Fortuño Iben y Zimael, hijo y nieto respectivos.

Con este dato puede juzgarse cuánto debió adelantarse nuestra ciudad bajo el amparo de su Fuerte, para llegar á ser esclarecida nada menos que con el título de Real.

Los descendientes y vasallos de Muza, debieron conservar el Castillo como joya de inapreciable valor, á deducir del papel que le reservaron en las peripecias de las guerras que sostenían, ya con otras fracciones mahometanas, ó ya con los cristianos. No se sabe á punto fijo si en alguna de ellas lo sustrajo de su dominio el rey D. García haciendo su tributario al que en esa época se titulaba de Tudela; pero de todos modos la conquista debió ser muy breve, porque después de su muerte acaecida en 1054, lo hallamos de nuevo en poder del musulmán.

Si examinando la historia quisiéramos llegar á formar una idea aproximada de la preponderancia

de nuestro Fuerte y de los peligros que presentaba su recuperación hacia los años 913 y 914, bastaría fijarse en que un rey tan decidido y temerario como D. Sancho Abarca del que el Príncipe de Viana dice en su Crónica *que fué muy maravilloso home é comenzó de tribular muy fertelement á los moros*, y que adelantó su reino por las tierras meridionales de la Rioja tomando Alfaro y Milagro pueblos limítrofes al nuestro, temió emprender la conquista de esta plaza *de las más fuertes en aquella época*, según Diaz Bravo, *y que guardaba una ciudad con gentes innumerables y moros feroces*, prefiriendo correrse por la falda de Moncayo, dejándola á un lado, hasta cerca de Soria, para hacer suyas Tarazona y Agreda.

De la grandeza que había adquirido nuestra plaza y Castillo participa también el profundo cronista P. Moret, quien al ocuparse de los hechos de armas de Sancho Ramirez, septuagésimo rey navarro, y al referir la conquista que hizo de Arguedas y su Castillo en 1084 para consolidar el dominio de las frías Bardenas, expresa: *Dejóla el Rey (á Arguedas) bien presidida por el riesgo de Tudela poblacion grande y de mucho poder, y porque quedaba muy empeñada en tanta cercanía de plaza mucho mayor y que no había de sufrir las incomodidades de tanta vecindad.*

En este concepto tan excepcional era considerada nuestra Ciudad é inseparable fortaleza.—Cerca de un siglo corre sin que los historiadores concreten noticia alguna respecto á ellas. Seguían ocupadas por los moros esmerados en multiplicar sus medios bélicos, según se verá, levantando imponentes mu-

rallas para convertirla en invencible baluarte donde sostenerse lo posible en este confin navarro, ya que su causa y territorio iban experimentando notables golpes y desmembraciones al valiente empuje del guerrero cristiano, tanto por la parte oriental del Ebro, como en la occidental de Tudela.

No era ya la morisma, aquella masa imponente y colosal que todo lo sometía al avance de sus huestes. Iniciada por los españoles la gloriosa epopeya de héroes que palmo á palmo y regándola con su sangre iban recuperando su perdido territorio, los mahometanos no salían de su asombro al ver cómo declinaba la estrella de su poderío.

Mientras tanto las vicisitudes que atravesaba Tudela corrían tan aparejadas con las de su famoso Fuerte, que su estado, su porvenir, ser cristiana ó agarena, parte integrante de nuestro primitivo reino ó cabeza del fundado por Muza, todo dependía en absoluto de él. Dominar el Castillo, era dominar Tudela; perderlo, desprenderse de la Ciudad.

Atraídos por esta circunstancia no hay que extrañar, que nos detengamos á describir episodios relacionados directamente con la Ciudad, en la imposibilidad de abstraerlos de los azares de su Fortaleza: tal sucede con la célebre conquista que de ella se hizo en el reinado de D. Alfonso *el Batallador*, que por otra parte, aún con independencia de la materia que tratamos, siempre inspira especial interés para los que aquí nacimos.

No andaban muy á satisfaccion de dicho Rey sus cuidados domésticos, y para entretenerlos ó distraerse de ellos, se entregaba de lleno á guerrear contra los moros, pretendiendo sobre todo la con-



quista de Zaragoza. A este fin había reunido un brioso ejército bajo la dirección de prebendados y canónigos y varios señores de la primera nobleza francesa, distinguiéndose entre ella Rotron, Conde de Alperche, y Centullo, Conde de Bigorra, movidos del celo de servir á Dios y á su Rey.

Encaminó D. Alfonso todas las fuerzas á las comarcas de Zaragoza y para estrechar la Plaza de víveres, iba expugnando otras menores de los contornos.

A los primeros pasos que dió para establecer el sitio, cayó en la cuenta de lo difícil que era tomar Zaragoza sin haber ganado antes Tudela, *Ciudad muy populosa*—así lo apunta Moret—*habitada de moros muy valientes como fronterizos y ejercitados de muchos años continuamente en las armas.* Conocido del Rey el grave inconveniente de quedar esta plaza á su espalda, reunió en Consejo á sus oficiales para decidir la conducta que habría de observarse.

Consigna Diaz Bravo, que el noble Centullo de Bigorra, que por sus años era de mucha experiencia, juzgó que no convenia poner sitio á Tudela, hablando en el Consejo de este modo: *el dividir las fuerzas en dos sitios, es exponernos á no salir con uno ni con otro y que los moros de Zaragoza se insolenten más viendo que junto nuestro ejército no trata de impedir su intrepidez y orgullo. El intentar el sitio de Tudela es acción del todo aventurada, porque los moros que la presidian son muchos y muy guerreros. El Castillo es fuertísimo y en sitio muy enriscado: por el oriente no puede invadirse porque le sirve de muro el río Ebro: lo que*

*corresponde al mediodía, está fortalecido de tres gruesas murallas con fosos tan anchos y profundos, que cualquier asalto es aventurado. Lo demás de la Ciudad imposibilita más el logro de esta acción, porque sobre ser su muralla fuertísima hay varios fosos y cortaduras y está presidada de torres y castillos de trecho á trecho. Como los moros desde la conquista de Arguedas, viven recelosos de ser invadidos, tienen la Ciudad tan llena de abastos y vitueltas que están en disposición de hacernos una larga resistencia.*

Presentes estas dificultades, dice Moret, todo el cuidado del Rey y los de su Consejo era meditar alguna interpresa ó estratagema militar con que ganarla de golpe.

Intencionalmente copiamos las anteriores, porque reflejan con exactitud y claridad lo formidables que debían ser las condiciones defensivas del Castillo, cuando guerreros tan decididos y valientes con numeroso ejército á sus órdenes, creíanlo imposible de dominar sino apelando á una celada.

Llevóla á efecto el famoso Conde de Alperche, y no podemos someternos á pasar por alto tan interesante episodio de la historia antigua de Tudela, referido en todos sus detalles por los cronistas, por constituirlo un bien entendido y ejecutado hecho de armas que sacó la Ciudad del dominio musulmán para engazarla de nuevo á la Corona navarra.

Copiamos las letras del P. Moret cuando describe la conquista y oigámosle decir. "El Conde de Alperche, Rotron, era un Capitán de mucho valor y excelente industria. Y parece la halló ó ejecutó por lo menos con mucho arte, habiéndosela antes ideado

el Rey. Dióle seiscientos escogidos caballos y otros tantos infantes muy buenos que llevasen de grupa y órdenes muy apretados para los pueblos de Navarra más cercanos de Tudela; los de Arguedas, Valtierra, Milagro, todo el valle de Funes y á la ribera del río Alhama, á los de Corella, Cintruénigo y otros pueblos que ya de antes eran de cristianos para que le asistieran con gentes y estuviesen á sus órdenes. Llegó á la frontera de Navarra el Conde con su gente, declinando con el rodeo y ocultando el grueso porque no fuese sentido de los de Tudela: aunque reconociendo desde los altos, y arrimándose á veces con pequeñas tropas para explorar mejor las disposiciones del terreno, que halló muy acomodadas para emboscadas por la espesura y copia grande de olivos y árboles frutales, que en mucha cercanía de la Ciudad, cubren la campiña fértil, como bosques. Intimó las órdenes del Rey, el Conde con todo secreto, y recogió toda la gente de la frontera, que acudió con prontitud y gusto, en especial los nobles, que se señalaron mucho, irritados con las correrías de Tudela y con deseo de escarmentarlas. Marchó de noche el Conde, y con gran silencio, y metió la gente en una emboscada no muy lejos de la Ciudad (se supone fué en los olivares de la Delanterá) y habiendo prevenido á los cabos que él sacaría á los moros á campaña á parte muy distante de la Ciudad y de la emboscada, y que aguardasen atentos la señal que les haría, y en que convino para arremeter de carrera y ganar las puertas de la Ciudad, y aseguradas, corriesen á donde la sintiesen pelear contra él, con un batallón moderado de caballos se apartó con la obscuridad á la parte de la Ciudad bien

acudió con prontitud y gusto, en especial los nobles, que se señalaron mucho, irritados con las correrías de Tudela y con deseo de escarmentarlas. Marchó de noche el Conde, y con gran silencio, y metió la gente en una emboscada no muy lejos de la Ciudad (se supone fué en los olivares de la Delanterá) y habiendo prevenido á los cabos que él sacaría á los moros á campaña á parte muy distante de la Ciudad y de la emboscada, y que aguardasen atentos la señal que les haría, y en que convino para arremeter de carrera y ganar las puertas de la Ciudad, y aseguradas, corriesen á donde la sintiesen pelear contra él, con un batallón moderado de caballos se apartó con la obscuridad á la parte de la Ciudad bien distante de la emboscada, y al primer albor del día amaneció robando los ganados y metiendo mucho tumulto por aquella parte de la campaña.

“Los moros que le sintieron tocaron al arma en la ciudad, y reconociendo desde las torres y lugares más altos de ella el corto número de los que robaban sus campos, á que ayudaba también el Conde, mostrándose de industria en lo más descubierto y despejado de él, (se supone que era en el campo de la Albea) y engañados de los corredores de campaña, que, ignorantes de todo de la emboscada, habfan puesto el cuidado en explorar hácia dónde se sentía el tumulto, indignados de que tan corto número de robadores se hubiesen atrevido á insultar á sus puertas y con la ánsia de recobrar la presa, se arrojaron de tropel por las puertas, á la campaña, desordenandos como en rebaño, y seguros de la victoria si alcanzaban al enemigo, y con solo el cuidado de alcanzarle. Recibióllos el Conde, mostrando

alguna flaqueza, y que peleaba solo por conservar la presa hecha, cediendo á veces y retirándose y largando alguna pequeña parte de ella, como quien no la podía defender. Y los moros con el celo de recóbrarla toda y castigar la osadía de los que ya sentían flaquear y esperaban derrotar del todo si insistían, iban siguiendo al alcance de su retirada. De esta suerte los fué cebando el Conde, y los alejó tanto de la Ciudad, que pudo dar la señal concertada á los de la emboscada, que saltando de ella arrebatadamente, primero la caballería á rienda suelta y todo batir los caballos y trás ella la infantería de carrera, arremetieron á las puertas y las ganaron. ó hallándolas abiertas y tan destituidas de defensores, que pudieron á su salvo trastornarlas, moviéndolas de los quicios con barras ó instrumentos ya antes prevenidos. Y aseguradas las puertas, torres vecinas y lugares fuertes con número competente, á toda prisa revolvieron contra los moros que peleaban con el Conde.,.

“El cual, avisado ya de la entrada en la Ciudad por el tumulto de ella y que le venía el socorro ya muy cerca, descuidando del todo de la presa, que miraba ya presto suya enteramente, y recogiendo los caballos derramados para el avío fingido de ella, arremetió con gran fuerza á la vanguardia de los moros. Los cuales turbados algún tanto con los alaridos que habían sentido antes en la Ciudad, y viendo acometer al Conde con semblante y brío de quien esperaba victoria, comenzaron á entrar en recelo de algún peligro grande: y luego se le avisaron las trompetas de los cristianos resonando hácia la retaguardia. Con que se hallaron cogidos en me-

dio, y la Ciudad perdida. Turbáronse con mortal susto, y presintiendo como en caso súbito lo más atroz y aun mayores que lo que en hecho en verdad eran las fuerzas enemigas, contreñidos por frente y espaldas, no de otra suerte que las cosas que se prietan mucho revientan por los lados, comenzaron arremolinados confusamente á deshilarse por los costados, acogiéndose á las espesuras para salvar las vidas: siguiéndolos por todas partes los cristianos ya unidos, que habiendo ejecutado gran estrago y llenado de él la campaña, volvieron á la Ciudad para gozar nuevos despojos, ocuparla y asegurarla de propósito. De esta suerte aquella Ciudad, frecuentada de muchos y fuertes pobladores, y no menos fuerte por el sitio y que á haberse llevado por cerco hubiese costado mucha sangre y mucho tiempo, fué ganada sin ella y casi en un momento. ¡Tanto prevalece á la fuerza la buena industria! Sucedió esta memorable interpresa una mañana de las últimas de Agosto del año de Jesucristo 1114, cuando se cumplía el año 400 de la entrada grande de los árabes y moros mahometanos en España y pérdida general de ella.,. Hasta aquí Moret.

Soberbio de satisfacción debió hallarse el Conde al vér que á costa de tan reducido sacrificio, había rescatado la Ciudad más activa y poderosa de Navarra. Sin embargo, á despecho de sus gentes y de su valor, aún se alzaba indómito su Castillo, resguardado por un puñado de moros.

Y en efecto; leyendo á Moret se observa, que Alperche tomó Tudela, pero no su fortaleza.

Cuando volvió victorioso á la Ciudad, encontró con que se habían recluido en el Castillo una peque-

ña guarnición y los moros principales y de oficios que no salieron al campo, y que, aún conturbados por los reveses sufridos, resistían desde sus murallas la fiereza del cristiano. Dentro de él se hicieron fuertes sin querer rendirlo al Conde, y hubo necesidad de que el mismo rey D. Alfonso abandonando las tierras de Zaragoza entrase en triunfo en Tudela, para conseguir su entrega.

¡Tanto sin duda consideraba su propia importancia nuestra antigua fortaleza, que no quiso doblegarla á Rotrón, aún siendo tan gran noble, sino á la misma persona real y mediante la jura, como en efecto hizo, de concertadas capitulaciones!

Ondeó, por fin, después de cuatro siglos sobre la Torre mayor del Fuerte la cruz de Cristo, sublime enseña que vistosamente conducían en su magna empresa, aquellos cruzados españoles.



## SEGUNDA EPOCA

TUDELA era una Plaza fuerte de primer orden, como hoy se denominaría en el tecnicismo moderno, en el momento de su reconquista.

Como conserva sabor local para los tudelanos, enterarse del estado en que se hallaba en manos de los moros, no estará de más que apuntemos algunas breves indicaciones, que por otra parte guardan cierta relación con la historia del Castillo.

Cuando al día siguiente de su entrada, el Rey, seguido del pueblo, paseó las calles, las encontró en esta disposición, según referencias de un instrumento público que obra en el Archivo de la Real Cámara de Comptos; las calles eran estrechas y los edificios elevados y con tan inmenso gentío, que en cada casa vivían tres y cuatro vecinos,

Toda ella estaba cercada de fuertísima muralla de nueve palmos de ancha, de piedra de sillería: daba principio en la llamada puerta del Mercado, corriendo por la calle del Mercadal hasta la Fuente

del Matadero que conservaba una torre defensora de la Puerta de los Albazares, que hoy es la entrada de la Concarera á la Plaza Nueva: continuaba por lo que son casas de la calle del Muro hasta donde se apoya el puente del ferrocarril: formando allá un ángulo, bordeaba lo que llegó á ser Huerto del Rey, que ahora daría al terraplen, con vários torreones á manera de baluartes y uno sobre los demás muy fuerte llamado la "Torre de Flor," y atravesando la calle de Papa Illueca se unía á la primera muralla del Castillo.

Dentro de esa muralla que circundaba la Ciudad, había otra segunda; y otra tercera exterior, que desde el puente de Velilla y dando vuelta por las huertas de Dominicas y Dominicos (ahora Colegio de San Francisco Javier), terminaba en una gran torre construida en el ingreso del Mediavilla en la población.

La puerta del "Postiguillo," estaba al salir de los Zurradores al Queiles, con otro muro que corriendo por la orilla del río, venía á unirse al de la Puerta de los Albazares.

Por último, otro trozo de muralla se alzaba en la parte Oeste de la actual calle de Herrerías, y el terreno que esta ocupa comprendido entre las dos murallas, era entonces un foso muy profundo.

Aún tenía otros resguardos de menor importancia; pero con los expuestos, bastará para comprender el fundado recelo que inspiraba tomar Tudela á viva fuerza, como prudentemente expuso ante el Rey, el noble Centullo.

Complemento de esta plaza militar era su Castillo prevenido contra toda clase de eventualidades,

á deducir de lo que respecto al mismo cuentan las historias á la sazón de su conquista en 1114.

Vámos á verlo.

Los que observamos en la época actual el monte en que se levantaba, con dificultad podremos formar idea de lo que era en la antigua, porque el tiempo y el hombre han ido poco á poco socavando su gigantesca mole. Ni por su altura, ni por la superficie de su corona, ni por sus naturales condiciones de defensa, merecería ahora, ni de ser así hubiese merecido entonces los honores y consideración que se le tributaron: fué mucho más de lo que se ofrece á nuestra vista.

Ese monte, no es el monte completo de nuestro tradicional Castillo; es, á lo sumo, parte de él. Apenas reserva su cima una piedra, un mísero edificio, una tosca señal de lo que allí pusieron nuestros reyes, para venir en conocimiento de la extensión de su planicie: sus laderas no guardan tampoco aquella inaccesibilidad, tan repetida en documentos del pasado.

Hoy es un monte vulgar, como otros muchos, caduco, derrumbado y decrepito, sin fuerzas suficientes para sustentar el peso de las cuatro piedras que lo dominan.

Como gota de agua que horada el bloque, las filtraciones van acabando insensiblemente con ese esqueleto del coloso, constriñéndolo á tan reducidas proporciones, que para méritos de guerra no reservaría otro y por cierto sin ningún valor, que el que le comunicase su antiquísimo y glorioso nombre de "Castillo."

Por eso hay que volver atrás para fijar la imagen

de lo que pudo ser tan afamada Fortaleza en tiempo de su reconquista: hay que idearse una prominencia mucho más alta, mucho más ancha y más escarpada que la que vemos al presente, y solo así se comprenderá su dimensión y la serie de murallas, torres y edificios que como descomunal corona la ceñían.

Alzábanse sus obras de guerra en lo más enrisgado del monte, y por si las condiciones naturales del terreno dejáran algo que desear para cubrirlo de un asalto, aún se habían fortificado varios puntos con cortaduras de peñas artificiales. Le cercaban en gran extensión dos murallas colosales de almenadrón con un profundo foso intermedio: en la parte de la exterior que defendía el lado occidental del Castillo y la Ciudad, existía otro nuevo foso.

Al oriente era el monte muy elevado y tan áspero, que como indica Díaz Bravo *parecía que le cortó naturaleza para hacerlo inaccesible á la humana industria.*

En su mayor altura se construyó una tercera más angosta muralla guarnecida de trecho en trecho de torres y castilletes y en su centro aparecía ufana la que por su tamaño designaban *Torre mayor ó de D. Mejon.*

Sus minas eran abundantes y notables, consistiendo su capacidad almacenar provisiones de guerra, suficientes para sostener un sitio de muchos días.

La puerta principal que daba ingreso al Castillo, se conocía con el nombre de "Ferreña", y se habría frente á la Ciudad, extendiéndose ante ella una gran plaza con un hermoso edificio á un lado titulado el

"Porch,, dónde con frecuencia los reyes administraban públicamente justicia.

Aunque nada consignan los antecedentes que hemos examinado de la parte de edificios habitables, su capacidad debía ser amplísima, pues de lo contrario mal hubiera podido el rey D. Sancho *el Sabio* en 1170 dár en ellos asilo á los muchos judíos que existían en Tudela para librarlos de la malquerencia y persecución del cristiano, bajo la condición de cuidar de sus reparos, excepto de la ya indicada *Torre mayor*, convertida más tarde en el siglo XVII, en Ermita de Santa Bárbara.

Sino entónces, tiempos después, debió servir además de Castillo, para palacio de reyes, prisión y cementerio; lo primero, por el uso que de él se hizo, como iremos relatando: lo segundo, porque en el inventario de entrega que en 1308 extendió D. Ugo, teniente Senescal de Navarra, á Hutier de Fontanas, Caballero y Senescal de Tudela, aparece, según investigó Yanguas en el Archivo de Comptos, que se hallaban en concepto de presos D. Fr. Domingo de Exexa, Comendador de la Casa del Temple de Ribaforada y Fr. Gil de Burueta, de la misma Orden; y lo último, porque en el dicho documento observa D. Ugo, que otro religioso templario estaba enterrado en la Plaza del Castillo, y que si el Senescal dudaba de ello *que era pareillado de facer cabar en dicho lugar, et fer muestra de los huesos.,*

Si tosco y fuerte se presentaba el Castillo en su parte externa, la interior no debía estar exenta del lujo y molicie peculiar de la época sus egregios dueños cuidábanla como á su rango correspondía en su atavío y decoracion á juzgar por estos datos: en

1395, Andreu de Han, maestro que dirigía las obras reales, contrató á maestre Hanequin, que ya estaba encargado de cuanto se refería á las pinturas del Palacio del Castillo, para que ejecutase ciertas figuras heráldicas en el Salón conocido por *Graut Cambra de Parament*: Martin Periz d' Estella, se titulaba desde antes de 1399 *mazonero de las obras del Rey en Tudela*: el maestro Lope Berbinzano, carpintero moro de gran habilidad, tenía entonces la *maestría de la carpintería del Castillo* con la de toda la merindad de la ribera.

Capitulado, como ya se ha dicho, el Castillo, subió el Rey *Batallador* á lo más alto, y dándole gracias á Dios del beneficio que sus proyectos habían alcanzado con tan magnífica posesión, contempló desde allí el hermoso panorama que se descubría ante su vista: la ribera matizada de huertos y frutales; los campos del Queiles con los tintes que les prestaba el verdor de las viñas y olivares; lo agradable de la vecindad del Ebro; los bosques tan espesos y abundantes incluso las Bardenas, que llegaban al límite de la Ciudad. Quedó muy complacido hasta el punto de declarar, que Tudela era el lugar más delicioso de cuantos gozaba en su reino.

A contar de este episodio de su reconquista, el Castillo tudelano quedó convertido en mansión escogida de nuestros monarcas, como repetidamente consignan los anales de Navarra.

El rey D. Sancho dió Tudela y su Castillo en juro de heredad y premio de sus relevantes servicios al Conde Rotron, quién á su vez, en concepto de dote, los trasmitió á su sobrina D.<sup>na</sup> Margarita cuando contrajo matrimonio con el Rey D. Garcia *el Res-*

*taurador*: por esta razón los nuevos cónyuges convirtieron al Castillo en su corte habitual, y apoyándose en este detalle, es de parecer Diaz Bravo, que en una de las múltiples estancias que en el mismo tuvieron, nació el notable Príncipe D. Sancho, que años después sucedió en el Trono con el sobrenombre de *Sabio*.

Levantado este Rey, anotan las crónicas que también se sirvió en largos periodos de nuestro Castillo, ya por exigencias de los azares de las guerras, ó ya, como escribe Moret, por serle muy agradable en los meses de invierno la dulzura del clima, favorable á su salud. Corroborando esta opinión concurre la de Piscina que asegura, que dicho Rey amó tanto á Tudela, que en ella permaneció por espacio de quince años consecutivos; y acaso tal circunstancia pudo influir para que fuera su Mayordomo mayor y Capitan de su guardia, el noble tudelano don Alonso de Veraiz.

Llegamos en nuestro relato al año 1194, en el que por muerte del *Sabio*, entró á reinar su hijo D. Sancho VIII que, en opinión de Zurita, fué el mejor rey de Navarra, y para nosotros al menos, el más tudelano de cuantos le antecedieron y sucedieron. Es de parecer tambien el indicado Diaz Bravo, que don Sancho debió ser natural de esta Ciudad por los años que aquí residió su padre: pero sino tudelano por el origen, puede afirmarse que lo fué muy de veras por sus afecciones y corazón. Hoy día—aparte otras gracias—aún constituyen nuestros más notables y artísticos monumentos, aquellos que levantó su magnanimidad y largueza.

La soberbia Catedral, el macizo puente, la anti-

quísima acequia que fertilizó los campos desde Mirapex (término confinante á Valdetellas) á Cabanillas, un molino junto al puente, la famosa Hermandad de pueblos para librar de bandidaje las Bardenas, el inapreciable regalo de las Cadenas de las Navas, la fundación de la Iglesia de San Jaime, la primitiva parroquial de San Juan, la Cofradía Real de Santiago, la reedificación del Templo de San Nicolás, la donación de la argentina y existente campana *Sanchuela* y otras mercedes, á juicio de los historiadores y voces públicas, obras fueron de la liberalidad del Rey, y sin embargo ¡triste es confesarlo!, salvo un modesto retrato en la Sacristía Catedral, nada se hallará en Tudela que perpetúe su agradecimiento á tan insigne protector.

En medio de estas observaciones resalta, que la causa, el motivo, el factor esencial de que lo más pingüe del rico patrimonio del Monarca fuese dedicado á Tudela, no es otra que la existencia de su Castillo. El Castillo tudelano formó el centro principal de la vida del Monarca en España, y el Castillo recibió el postrer latido de su corazón. Sin el Castillo, tal vez Tudela no se enorgulleciera con tan estimables joyas arquitectónicas.

Abatido por el dolor que le produjeron los accidentes desgraciados que arrebataron en flor las existencias de los dos Príncipes Fernandos, hermano é hijo respectivos del Rey, que dejaban el Trono sin sucesión varonil: sufriendo la melancolía propia de su avanzada edad y de profundos desengaños; devorado por el padecimiento de un cáncer que tenía en una pierna, aquel gran Monarca que llevó su genio sin igual hasta más allá del confín español,

retiróse por los años 1231, según afirma el Arzobispo D. Rodrigo, coetáneo suyo, al Castillo de Tudela para terminar tranquilamente su vida. El retiro fué tal, apunta el P. Moret, que *como la fortaleza del alma y cuerpo le granjeó en la mocedad el nombre de Fuerte, en el encierro á lo último le acarreo el de Encerrado con que promiscuamente le llamaban.*

Como en el Castillo habitó tan absorto en sus penas que solo un reducido número de familiares tenían acceso á su presencia, participó el edificio del carácter áspero y misterioso de su señor, y si alguna cosa distraía á este, era solamente la contemplación de las fértiles vegas y campos que desde sus altos muros se divisaban.

Hubo, sin embargo, una ocasión que, vistiéndose sus mejores galas, tomaron Fortaleza y Castellano el tono alegre de las grandes fiestas, interrumpiendo la monotonía claustral que ya preocupaba al Reino.

En aquel día, 26 de Febrero de 1231, nadie hubiera conocido á nuestro Castillo por su jovial aspecto. La Plaza del Pórch llenóse de abigarrada multitud, cuyo bullicioso clamoreo se dejaba oír hasta lo más recóndito del grandioso edificio, y ante ella desfiló el Rey D. Jaime de Aragón en compañía del Infante D. Fernando, que venían á visitar á D. Sancho para asegurar el trato sobre fronteras establecido contra los sarracenos, y el pacto de heredamiento recíproco que la fascinación había inspirado á los dos Monarcas. A tan poderosas razones despertó de su letargo nuestro Rey, abrió de par en par las puertas del misterioso Palacio y por sus severas cá-



maras discurrió para unirse á su Señor, la más lucida corte de linajudos nobles y ricos hombres navarros.

Pasado tan extraordinario suceso, el Castillo volvió á hacerse impenetrable y triston por espacio de tres años que conservó de vida su Augusto huésped, pues agravado en la dolencia que le afectaba, falleció dentro del mismo el viernes 7 de Abril de 1234.

¡De este modo parece que la Providencia Divina tenía dispuesto que el último suspiro del más grande de nuestros Príncipes, fuese recogido por la más potente de sus fortalezas!

Grande fué, en efecto, hasta después de su muerte, porque la posesión de su cadáver se disputaron con noble codicia los monasterios de la Oliva y Roncesvalles y la Catedral de Tudela, los tres, obras de su munificencia, decidiendo el conflicto en favor del segundo al cabo de tres años el Pontífice Gregorio IX, durante los cuales quedaron provisionalmente depositados los restos mortales en nuestra iglesia de San Nicolás.

A partir de aquí, y en el transcurso que abrazan los reinados de Teobaldos y siguientes hasta el de D.<sup>a</sup> Blanca y D. Juan II, la suerte del Castillo no fué tan floreciente porque las discordias de pueblos y reinos tenían por escenario campos lejanos. Solo de tarde en tarde lo ocupaban los reyes y su vigilancia corría de cuenta de Alcaldes ó Castellanos, cargo de gran estimación guardado siempre en manos nobles.

Eralo, por ejemplo, en 1364 D. Juan Remirez de Arellano, cuando como Procurador del Rey Carlos II hacía pleito homenaje del Castillo de Tudela, ju-

rando ante D. Pedro Diaz, Procurador á su vez y Escudero de D. Enrique, Conde de Trastamara.

En el intervalo de los antedichos reinados sobresale, sin embargo, un hecho digno de memoria, porque como fúlgida vibración de antigua energía, irguió nuestro Castillo su cabeza para presentarse cual era á la faz del agresor.

En 1284 y reinando D. Felipe I de Navarra, D. Pedro de Aragón, irritado por algunos descalabros que le habían hecho los navarros invadiendo sus tierras por Sangüesa, quiso vengarse de ellos sitiando á Tudela con las fuerzas que pudo reunir. El Gobernador de Navarra, previendo este movimiento, había encargado la defensa del Castillo y poblado á don Juan Núñez de Lara, quien, como dice Moret, "*hizo al Rey tan surtida resistencia que desde el principio le resfrió el ardor de la entrada y la esperanza de ganarla*," por lo que, levantando sus huestes, desistió de la conquista pretendida.

Pasa, por fin, toda esa larga época en la que nuestra Fortaleza no recibía distinción alguna de parte de los Soberanos. Llega el año 1425 y con él la elevación al Trono de los consortes D.<sup>a</sup> Blanca y don Juan II, y tomando el Castillo de nuevo su antiguo esplendor de Alcazar real, vuelven á resonar no pocas veces en sus contornos—así lo escribe Madrazo—ecos de fiestas y júbilo.

Bajo este reinado se restauran sus salones, se realizan importantes obras, y cesa la decadencia y abandono en que se le contempla desde la época de los Sanchos.

La entonces reina D.<sup>a</sup> Blanca, madre del Príncipe de Viana, enamorada de la donosa situación del Pa-

lacio, hácese levantar sobre el departamento que le sirve de Capilla, un elegante é ideal mirador titulado "Petit Paradís," (pequeño paraíso) que por la esbeltez y gusto de su construcción, sólo podría compararse á los alegres belvederes y animadas galerías del de Olite.

Los cortesanos comenzaron de nuevo á invadir el Castillo atraídos por las personas de los reyes y por la esplendidez de las fiestas con que los obsequiaban; y aún cuentan las historias como muy notable aquella con que los Monarcas celebraron las Páscuas de 25 de Diciembre de 1434, en la que el Rey, la Reina, el Príncipe y los Infantes, hicieron "Sala," para festejar á "todo el Estado," con tan buena fortuna y lucidez, que abriendo las Cámaras del Castillo, reunieron en el convite al obispo de Pamplona, vários Prelados del Reino y lo más conspicuo de los ilustres Caballeros, gentes del Consejo y clero.

Confirma este hecho la altura que había tomado ya nuestro Castillo tudelano; y si solemne fué tal fiesta palaciega, no quedó atrás, aunque bajo diverso aspecto ó motivo, la famosísima romería á Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que un año antes había organizado y llevado á efecto la Reina doña Blanca, inspirada en la profunda devoción que la conservaba. Sensible es no se guarden las impresiones que causó á nuestros paisanos, porque debió ser muy notable si se la juzga por lo detenidamente con que la describen las crónicas de la época.

Los aprestos y preparaciones fueron extraordinarios, y bien merecen detallarlos por la circunstancia especial de haberse realizado en el Castillo.

Sólo para el objeto de la peregrinación vino el Rey D. Juan desde la Capital el día 13 de Julio de 1433, despidiéndose en esta forma de los pamploneses, según documento que obra en el Archivo de Comptos: *Nos partiremos á nuestra Ciudad de Tudela á ir á nuestro viage en romería á Santa María del Pilar, fasta dozeno día del mes de Septiembre que nos tornaremos á la dicta Ciudad, que son 60 días.*

Grande fué el movimiento que se notó dentro del Castillo, hasta quedar todo listo y arreglado, cual exigía la calidad de los romeros. Vistióse la Reina *librea del Pilar* y trajes parecidos y por idéntico estilo las demás personas reales, y gentes de caballeros, dueñas, pajes, escuderos y secundario servicio. Su número debió ser de mucha consideración, si se deduce de la cantidad de tela que pagó el Soberano.

Véase las cuentas obrantes en el Archivo. A un judío, llamado Ravica, para vestir á várias personas de la Casa de la Reina, que en compañía de la Augusta Señora habían de ir en el *rumeage*, 3 codos de paño de Ipres, una pieza de paño verde Bristol, otra pieza de paño de San Juan, media pieza de paño de Tarazona y otra pieza de paño mezclado de Aragón. A otro judío, llamado Gento Manios, le compraron 8 piezas de paño de Aragón y 13 piezas y 24 codos de paño de Tudela, de diversos colores.

Salió la Comitiva por la puerta "Ferrea," del Castillo en el mes de Julio, y la admiró el vecindario al atravesar las calles de la Ciudad, para ir á tomar y acomodarse en las embarcaciones preparadas en el río Ebro, entonces libre y navegable, mar-

chando á Zaragoza, de donde no regresó hasta el doce de Septiembre siguiente, muy satisfecha, con particularidad la Reina, de haber dado cumplimiento al voto ofrecido á su Inmortal Patrona.

Tan es así, que si álguien dudára de esta afirmación y quisiera persuadirse, lo remitimos á la copia que en sus anales consigna el P. Moret, del curioso documento en el que la Reina, en recuerdo de la jornada y honor de la gloriosa Señora Santa María del Pilar, instituye la *Orden* de este título que tomó por divisa una banda azul con un pilar de oro esmaltado en blanco, "*en el cual pilar alrededor habrá letras de oro en que se diga A TÍ ME ARRIMO.*"—La institución termina así: "*E la sobredicha divisa fué ordenada y tomada por dicha Señora Reyna de Navarra á honor y reverencia de la dicha Señora Santa MARIA, en la Iglesia de Santa MARIA la Mayor de la Ciudad de Zaragoza en la Capilla de la invocacion del Pilar á 16 dias de Agosto de 1433.—BLANCA.*"

Continuó la Reina haciendo habitación ordinaria en nuestro Palacio Castillo y gobernando desde él el Reino, cuando su esposo D. Juan, dos años despues, partió á Nápoles en ayuda de su hermano D. Alonso de Aragón, que tenía allí empeñada guerra: por esto se le vé que al siguiente Enero, pasados algunos sinsabores en aquella tierra extraña, regresa por fin á Barcelona, viene á Tudela apresuradamente en solo tres jornadas para unirse á su mujer que lo esperaba con impaciencia.

Hemos leído que muerta la Reina, como luego se dirá, no perdió D. Juan su inclinación al Castillo, pues entre otras ocasiones se le observa en él, en 30

de Noviembre de 1451 y 27 de Abril de 1457, según consta en una carta dirigida á Eneco Sanz Mendigacha, y en una audiencia que concedió á Rodrigo Vidal representante del Rey de Aragón.

En todos esos años se notaba relativa tranquilidad en el Reino, que quiso aprovechar D. Enrique de Castilla para hacerse mediante una villanía, con el Fuerte tudelano, muy adecuado por su situación para dominar cualquier acto agresivo en las fronteras de Navarra y Aragón. Inútil advertir que como todos cuantos aspiraron á su pertenencia, D. Enrique estaba convencido de la imposibilidad del logro de sus deseos, sino valiéndose del engaño, sorpresa ó compra, medio á que apeló sirviéndole de instrumento el caballero D. Enrique de Uriz: en 1462 corría á su cargo el Castillo como Merino de la Ciudad, y entró en inteligencias con dicho Rey con el objeto de entregarle la Fortaleza á cambio de recibir como premio de su deslealtad, muy buenos estados en Castilla y la mano de una sobrina de D. Enrique: el golpe de entrega seguramente se lleva á efecto á no descubrirse á tiempo la traición, que trajo por consecuencia ser encadenado el que se titulaba caballero y sugeto después á muerte vil de cuchillo.

Refleja este detalle la preponderancia que aún se daba á nuestro sólido Castillo, imposible de tomar en franca lid; y que así como, precedida una estudiada extratagemá, logró sacarlo el Batallador de manos de la morisca, mediante ahora á la iniquidad querfa ponerse en las del castellano.

Con el fallecimiento de D.<sup>a</sup> Blanca acaecido en 1469 se desarrolló aquella calamitosa época de gue-

rras intestinas en la que las parcialidades agramontesa y blaumontesa disputaban el mejor derecho á la Corona navarra. No implica á nuestra narración los múltiples episodios que con tal motivo se sucedieron, y si la traemos á cuento es únicamente para mencionar que en ese lapso de tiempo ninguna noticia especial ofrece la vida de nuestro Castillo que corrió unísona con la de la Ciudad, partidaria del agramontés, que como es sabido era grupo adicto al rey D. Juan.

Ya muerto éste en 1479 y pasado el cetro á manos de su hija D.<sup>na</sup> Leonor, el aspecto del Puerte tomó nuevo matiz, y aunque su reinado fué brevísimo, no por eso deja de ofrecer curiosidades para Tudela muy estimables. Se hallaba D.<sup>na</sup> Leonor en el Castillo cuando recibió la noticia del fallecimiento de su padre y con este motivo se convocaron en la Ciudad Córtes generales del Reino, que la juraron y coronaron por reina en 28 de Enero del mismo año.

Su reinado, como indicamos, duró tan solo quince días, que pasó en Tudela, pues así que comenzó á tomar disposiciones, la acometió tan greve enfermedad, que falleció de ella dentro de la casa del Dean, donde accidentalmente se hallaba.

Pasando por los días de D. Francisco de Febo que nada particular ofrecen, entramos de lleno en los de D.<sup>na</sup> Catalina y D. Juan III, últimos reyes de Navarra; y aunque escritores ni archivos hacen raras menciones de nuestro Castillo, es de presumir y casi tener por cierto que en su transcurso no debió quedar relegado al olvido, si se examina el siguiente hecho. Se encontraba apurado el matrimo-

nio real por las exigencias que de una parte hacía el rey francés y de la otra el Católico, y dispuesto á resolver el conflicto con el mejor acierto posible, decidieron en 1512 celebrar Córtes en Tudela con el concurso de los tres Estados del Reino; y mientras duraron, consigna Moret, que los reyes permanecieron hospedados en el Castillo, circunstancia significativa de su buena conservación, pues de otro modo no hubiese podido albergar á tan ilustres huéspedes. Tal vez fuera esta la última visita real que recibió, porque aquel mismo año sobrevinieron los fatales acontecimientos que acabaron con nuestra monarquía é independencia, entrando Navarra á formar parte de la castellana.

Nuestro territorio quedó profundamente debilitado, á causa de las luchas interiores que más arriba apuntamos, y D. Fernando *el Católico*, que há largo tiempo tenía los ojos puestos en él, quiso aprovechar circunstancia que tan oportuna brindaban los navarros á sus proyectos, y giró órdenes á los jefes de sus fuerzas para que inmediatamente principiasen la conquista del Reino, no en guerra franca y abierta, sino *por vía de maña, furto ó trato*, según expresa una carta que dirigía al Conde de Lerín.

Por medio de *maña y furto* se llevó al ejército castellano ante las mismas puertas de Pamplona, y tal fué el pavor que impuso, que hasta la misma familia real, no conceptuándose segura en su país, pasó emigrada á Francia, visto lo cual, se fueron rindiendo poco á poco todas las villas y plazas á la Majestad Católica; decimos mal, todas menos una que permaneció indómita para el enemigo, y fiel y consecuente para su Señor. En medio de aquel des-

concierto y sobresalto en el que todos habían perdido la serenidad, se levantaron admirables un Castillo y una Ciudad, que desafiando la bravura del invasor, continuaban adictos y sumisos á sus reyes: pero *aunque el Castillo de esta Ciudad*, escribe el P. Aléson, *se tuvo firme por el valor de su comandante, el bravo capitán Dionisio Deza*, desesperado de recibir ninguna clase de auxilio, doblegó por fin su arrogancia. Así era el Castillo de Tudela; esclavo de su deber y meritisima historia, quiso continuarla y la continuó, hasta que el más profundo desengaño le hizo comprender el abandono en que yacía.

Aún en medio de su soledad y desgracia, se dejó traslucir el orgullo ingénito de la Fortaleza y hasta la calidad de realeza en que se consideraba.

No habrá olvidado el lector, que cuando quiso tomarla á los moros el Conde de Rotrón en 1114, no logró conseguirlo personalmente y solo se rindió previas honrosas condiciones, ante la propia persona del Rey Batallador: en la ocasión presente, también esquivó su entrega á todo otro hombre por grande que fuese que no ciñera corona real, y en este supuesto hubo de venir desde Logroño, *el Católico*: véase:

El Duque de Alba, á cuyo cargo corrían las fuerzas invasoras, notando que se inquietaban algunas plazas de las que había tomado, con el rumor extendido de que iba á venir el rey D. Juan con ejército poderoso á rescatarlas, les hizo prestar juramento de fidelidad al rey D. Fernando, que admitieron sin resistencia: *mas la de Tudela*, seguimos al P. Aléson, *lo rehusó, esperando la vuelta de su*

*rey, y fué necesario que el Arzobispo de Zaragoza la forzase con un sitio formal*, en el que—así lo escribía Tudela al Rey en repetidas y notables cartas, dignas de leerse—*recibe grande mengua y daño en no cobrar á su mano esta Ciudad; que en verdad sola le resta en todo el reino: todos nuestros ganados son tomados y todas las haciendas que los vecinos tenían en Aragón han sido confiscadas, y nosotros declarados por cismáticos y condenados por esclavos: no resta sino la conclusion de la guerra cruel que deliberan hacernos á sangre y fuego*. Esta era la situación tan desesperada en que se hallaron Castillo y Ciudad. No pudiendo soportar tamañas torturas y abandono, sucumbieron presos del agobio, pero no ante el Arzobispo de Zaragoza, su sitiador: hubo necesidad de que para recibirlos viniese de Logroño el propio D. Fernando *el Católico* y jurase en 4 de Octubre de 1512, conservar y respetar los privilegios y franquicias de la Ciudad y de la morería.

Sólo así, expresa entusiasmado el tudelano Díaz Bravo, se hizo dueño de la última de las ciudades navarras, despues que se le habían entregado todos los Caballeros, los Alcaldes de Côte, Jueces del Consejo y en general las más importantes plazas del Reino.

Consumada la obra de incorporación de Navarra á la Corona de Castilla, desapareció para siempre de nuestra Fortaleza todo aquel esplendor que había conseguido en el transcurso de tanto siglo. Perdió ante la extrategia la importancia que le proporcionaba el ser límite del Reino, haciéndose ya innecesario que desde las puntiagudas almenas de su

*Torre mayor* se velase el acecho del enemigo: exhaustas quedaron sus cámaras de todo ambiente de realeza, porque no hospedaban, ni jóvenes Princesas, que bajo las filigranadas y arabescas entalladuras del *Petit Paradís* endulzaran sus penas ó cantasen sus alegrías; ni espléndidos ó graves Monarcas que hiciesen "Sala," en honor de nobleza y clero, ó se constituyeran en el "Porch," en decidores de cuestiones de justicia; deteriorada andaba la magnífica decoración heráldica, impresa en la *Grant Cambra del Parament*, por el admirable ingenio de los afamados mazoneros judáicos, y en su ámbito no repercutía ya el eco producido por el roce de cascos, guanteletes, corazas y tizonas de los clásicos paladines cántabros; no hosa la tradicional puerta "Ferreña," de pura quietud, víl carcama la hacía objeto de su presa: ni dentro, ni fuera del Castillo, resonaban las metálicas vibraciones de nuestros singulares trompeteros, ni se dibujaba una sola silueta de las dalmáticas, vestidas por porta-estandartes y maestros de armas; su triple serie de muros acumulados allí, por el incesante esfuerzo humano, iban derrumbándose como los célebres de Itálica, al peso de su soledad y desgracia; y, lo más sensible, la misma historia pátria que hasta entonces se había honrado con las proezas de tan insigne Plaza, colocando cada una de ellas en sus más gloriosas páginas como rico y preclaro blasón, pareció relegarlo al peor de los olvidos dándole el postrimero adiós, para no volver á recordarla, sino con el fin de arrancarle hasta el más insignificante de sus venerados despojos.

Cayó el Castillo, es cierto; pero cayó como pe-

recen los héroes, lleno de inmarcesible fama y ofreciendo el último latido de sus energías y la última vibración de su fidelidad, en aras y obsequio de su rey y señor.

Adicto á la Corona navarra, bajo su servicio consiguió la época más feliz: perdida aquella y agregada á la castellana, ¿qué fin, ni objeto, ni para qué quería su existencia?



## TERCERA ÉPOCA

---

**A**L morir el rey D. Fernando nombró por sucesora de todos sus reinos y dominios á su hija D.<sup>a</sup> Juana, llamada la Loca, y siendo anhábil para el gobierno, lo dejó encargado á su hijo el Príncipe D. Carlos, que entónces se hallaba en Bruxelas: hasta que realizase su venida, encomendaba al Cardenal Gimenez de Cisneros la dirección de Castilla y Navarra.

Ansioso andaba el destronado D. Juan de recuperar su perdido Reino, esperando solo ocasion favorable para sus planes, y presentándosele muy propicia la muerte del Católico é interregno en que quedó Castilla, reunió un buen ejército comenzando la reconquista: le fué tan contraria la suerte, que vencido y deshecho en la primera batalla, cayeron por tierra todas sus ilusiones y con ellas la aventurada empresa.

Este hecho sirvió de advertencia al Cardenal para fijarse en que no se encontraba tan segura como

suponía la conquista del Duque de Alba, y que Navarra aun era capaz de conseguir su independencia en un supremo esfuerzo: juzgó indispensable debilitarla privándola de medios defensivos, y á este fin propuso al Consejo de Castilla la demolición de todas sus villas y plazas fuertes y el arrasamiento de todas sus tierras para dejarlas en estado yermo; el Consejo accedió á la primera, negando lo concerniente á las tierras por estimar la medida en extremo cruel.

Las energías del Cardenal no podían encontrar ejecutor adecuado en el débil carácter del entonces Virrey de Navarra D. Fadrique de Acuña, y tuvo que sustituirlo con D. Antonio Manrique, Duque de Nágera, de triste recuerdo para los que amamos las glorias de nuestra Fortaleza, pues consiguió el funesto privilegio de ser el primero que intentó destruirla.

Así que llegó á Navarra en 1516, juntó Cortes para que prestasen el acostumbrado juramento á D.<sup>a</sup> Juana y su hijo, y una vez cumplido este preliminar, principió la demolición de los fuertes, obra sin igual, que no obstante las severas órdenes de Cisneros, no terminó hasta la que de nuevo pasó Carlos V en 1521.

El aprecio y estimación con que Tudela miraba siempre su Castillo y murallas, le hizo dolerse profundamente de que siguiera la fatal suerte de los demás, y con el fin de evitarla y salvarlos de aquella especie de avalancha que se desbordaba por el Reino, acudió solícita á D. Carlos que continuaba en Bruselas, exponiéndole sus quejas y el perjuicio que sus mismos intereses iban á recibir, si desapa-

recía este poderoso ante mural contra las cosas y embates de Aragón.

Es notable la contestación que dió el Emperador y muy circunstancial en este relato, por haber dejado á salvo nuestro Castillo del primer golpe destructor que contra él se asestaba.

Dice así:

### EL REY.

Al Justicia, Jurados y hombres buenos de la mi Ciudad de Tudela. Por vuestra carta ví lo que me escrivíis sobre lo que por el Duque de Naxera, mi Visorey en ese Reino fué provehido mandar derribar la cerca de essa Ciudad y los cumplimientos que con él sobre ello fecisteis para mostrar vuestra limpieza y fidelidad de lo que soi muy cierto y por obra lo é así conocido, y no creais que aquello sea fecho por falta de confianza de nuestra Ciudad ni por los moradores de ella teniendo á aquellos por fidelísimos, sino por otros respetos que á parecido assí convenir á mi servicio beneficio y reposo universal de este Reyno; y pues mi ida mediante Dios será presto á esos Reynos con mi pressencia mandaré ver esso y todo lo demás que combenga al bueno y pacífico estado de essa Ciudad y reyno y hacerlo como mas cumple á mí servicio. En el entretanto por mi servicio y usando de vuestra acostumbrada fidelidad y zelo procurais que essa Ciudad esté en todo sosiego y administracion de Justicia, certificados io escribo á mi Visorey para que la piedra de la dicha muralla sea conservada y guardada y no permita que persona alguna llegue á ella. Estareis con



él para que así lo ponga en efecto. Fecha en Bru-xelas á 30 días del mes de Septiembre de 1516 años.= Yo el Rey.=Por mandato del Rey, Gaspar Sanchez de Otiñuela, Secretario.

Tan satisfactoria Carta real dejó al pronto salva-das con gran contentamiento del vecindario las mu-rallas y el Castillo de la Ciudad; más solo en la pre-sente ocasión, pues por esas veleidades y rarezas de los pueblos de que tantos ejemplos ofrece su marcha progresiva, vinieron pocos años después á ser los mismos tudelanos con su inusitada conducta, los causantes de la pérdida de una obra que muy empe-ñadamente querían conservar.

Sobre las protestas de fidelidad á D. Carlos, se cernía siempre la tendencia y el espíritu agramon-tés infiltrado en la sangre tudelana, y sus vehemen-tísimos deseos de vér en el Trono navarro á D. Juan de Labrit que lo representaba ó á quien heredase sus derechos, considerados por ella de más legitimidad. Sucedió que D. Juan y su esposa D.<sup>a</sup> Catalina fallecieron en el destierro dejando por hijo á D. En-rique de Labrit, jóven entusiasta, que continuó la insistente aspiración de su padre de recuperar el cetro perdido; solo le faltaba oportunidad para rea-lizarla que se la proporcionó el siguiente hecho.

D. Carlos, así que llegó á España, tuvo que irse á tomar posesión de los estados que dejaba vacantes la muerte de su abuelo Maximiliano: en su ausencia se produjo aquella famosa guerra de los *Comuneros* que exigió sacar de Navarra la mayor parte del ejér-cito castellano que la ocupaba, y D. Juan conociendo la flaqueza en que quedaba el Reino, puesto de acuerdo con el Rey francés, organizó sus gentes pa-

ra la reconquista que encomendó al general Aspa-rrot en 1521.

La fortuna que protegió sus primeros pasos, le volvió después la espalda. Cási sin lucha y auxilia-do por el país sediento de sacudir el yugo de Casti-lla, lo tomó por completo haciéndose dueño de todas sus plazas: no había de eximirse Tudela de esta co-rriente general, y por comisión que el mismo Aspa-rrot dió al Sr. de Ablitas, se posesionó en su nombre del Castillo y Ciudad. A deducir de algunos docu-mentos de la época, debió quedar Tudela muy satis-fecha en verse de nuevo al servicio del que de un modo bién fugaz se había constituído en rey de Na-varra: quiso y dió pruebas de anteponer su tradición é historia á compromisos adquiridos por medios in-declinables y forzosos, y entregó al nuevo Rey don Juan todos sus recursos y Castillo, sin pararse á considerar las fatales consecuencias que su conduc-ta pudiera acarrearle como muy pronto lo notó.

Derrotados los *Comuneros* los soldados castella-nos volvieron sobre Navarra en número considera-ble, y en una sola acción destrozaron de tal modo á Asparrot que cinco mil de los suyos quedaron en el campo perdiendo el territorio y plazas que domina-ron, entre ellas la de Tudela.

Con la derrota, Navarra volvió á la obediencia de Castilla para no sacudirla jamás, y el Emperador mostróse tán ofendido y quejoso de la conducta de nuestra Ciudad, que desde Alemania dónde se ha-llaba, envió terminantes órdenes para que se derru-yese y devastara el Castillo fortaleza de modo tán radical que no quedase *piedra sobre piedra*; así se expresaba. ¡Triste y desconsolador mandato! Con

él acaba toda la gran historia, toda la ilustre y legítima existencia del en mejores tiempos, coloso, inexpugnable é invencible por las nobles y leales artes de la guerra.

Grande, inmenso fué para nuestra Ciudad el desastre; perdía una joya, su consecuente vigilante. Aún en medio de su dolor no quiso sin duda desprenderse de reliquias para ella de tanta estima y aprecio que iban á ser convertidas en montón de informes ruinas, y tuvo ánimo para impetrar de Carlos V la gracia de que al menos la consintiera ser depositaria de los despojos: la nobleza del deseo mitigó, sin duda las iras del Emperador, quién por mediación del entónces Virrey, Conde de Miranda, cursó una Cédula ó Merced real de 10 de Abril de 1522 por la que concedía á Tudela la piedra, madera y rejuela *de la dicha fortaleza que por mandato de su Magestad, los días pasados fué derruida*, con calidad de dár cincuenta ducados de oro al Alcaide de ella D. Fausto Perez de Veraiz, *y que no le pidais al Alcaide, ni se entienda en esta merced, las piedras mármoles de ventanas y otras piedras mármoles que el dicho Alcaide ha tomado, que Yo le hice merced de ellas.* Se vé resaltar en esta donación, estimables restos de las muchas y cuantiosas riquezas de toda clase, acumuladas y todavía conservadas en el Castillo.

Largos años debía hacer que era Alcaide de la Fortaleza el tal Veraiz, pues de 1506 existe un documento por el que el Condestable de Navarra encarga á dicho señor levantase gentes de la Merindad para servicio del Reino.

Sin embargo de las terminantes órdenes dadas

por el Emperador, no debió ser absoluta y radical su ejecucion, quedando en pié alguna parte del Castillo; se comprende así puesto que el fin principal de ellas no era otro que el de asegurar la conquista é impedir que sirviendose de esta Plaza los naturales del Reino, volvieran de nuevo á hacerse fuertes contra Castilla como en la ocasion que se acaba de describir. Por esta circunstancia sin duda vemos segunda vez á Tudela pretendiendo aprovechar los restos del Castillo y destinarse á usos de piedad su *Torre mayor* salvada de la ruina.

En 1540 se estaba construyendo el Crucifijo ó Humilladero del otro lado del puente, y como Tudela á lo visto carecía de la piedra necesaria para hacer la Cruz é Imágen del Salvador, acudió al Rey en demanda de que la autorizase para tomarla de la que habia en el Castillo: el Rey aprobó la solicitud, atendiendo, según expresa la providencia, *al objeto pío de la obra.* No se sabe dónde habrán ido á parar Imágen y Cruz de tan singular origen.

Tambien debió quedar, como expresamos, subsistente la celebrada *Torre mayor*, á juzgar por esta noticia: Bárbara Coreila, mujer viuda y rica de la Ciudad, quiso convertir en ermita dicha *Torre*, y á este fin suplicó y obtuvo la necesaria licencia en 1610, del Virrey de Navarra, D. Juan de Cardona: mientras se conservó la ermita, aparecía una inscripción á la parte izquierda de su puerta de entrada, en esta forma: *Reedificose esta Torre en hermita de Santa Bárbara el año 1610, que fué el año que los moriscos fueron hechados de España, reinando Felipe III....*

Por esta extraña evolución, aquel punto más ele-

vado del monte que en tiempos anteriores oficiaba de atalaya contra el ejército invasor, viene á servir ahora en su nueva fase por medio de su campana, de voz alerta de proximidad de tempestades, ó de heraldo de las horas del amanecer para que los hortelanos saliesen á recoger los frutos de sus campos.

Doscientos años duró este estado de cosas, sin que ermita ni ruinas sufrieran ninguna alteración, pasados los cuales volvieron á ser juguete de las vicisitudes de las guerras del último siglo, como la hoja desprendida del árbol lo es del huracán.

Iniciada la de la Independencia, se apoderaron los franceses de nuestra Ciudad en 8 de Junio de 1808, y una de sus primeras providencias fué reparar la ermita de Santa Bárbara que como otros puntos próximos á la población les sirvió de fuerte y que, salvo cortos períodos, poseyeron hasta 1813 en que definitivamente nos dejaron.

Después quedó Tudela bajo el mando del general Mina y con sorpresa del vecindario que no se explicaba la razón por haber huído ya el enemigo, dispuso la demolición de aquel pequeño fuerte y la ermita, como así se hizo.

Nueve años después, se produjo en algunas provincias, entre ellas Navarra, aquel amago de guerra civil, denominada de los apostólicos, que hizo surgir de nuevo la fortificación, aprovechada únicamente, pues no sirvió para otra cosa, que para restaurar la ermita de la mencionada Santa

Mejor que nosotros sabrán muchos de los vivientes lo sucedido en las dos últimas guerras civiles: la proximidad de Tudela al teatro donde se desarrollaban, la obligó á tomar algunas providencias de

defensa. La primera dió ocasión á que desapareciese para siempre la antiquísima ermita, trasladando su Imágen á la Parroquial de la Magdalena, y la campana á la torre del Cármen dónde aún se usa para congregar los fieles. La *Torre mayor* ó lo que de ella se conservaba, recibió los honores de fuerte con su artillado y colocación de dos modestos cañones, que felizmente no se emplearon en otro destino que en disparar salvas en los cumpleaños de personas reales. En la segunda de hace treinta años, todavía están frescos los recuerdos de las obras ejecutadas en el monte del Castillo y del fortín levantado sobre los cimientos de la famosa Torre, que aún podemos contemplar á nuestro sabor.

Con estas indicaciones termina bien humildemente por cierto, la célebre historia del renombrado Castillo.

Tesoro de inmensa estima en el pasado y émulo de sus más potentes congéneres, al desaparecer nos lega para honra y satisfacción propia, una vida brillante, limpia y heroica, y unos pedazos, reliquia veneranda de sus primordiales y severas murallas, que yacen derrumbados y maltrechos en lo más saliente de su parte oriental.

Quién leídos estos apuntes los contemple alguna vez, podrá reconstituir sobre ellos toda la tradición que encierran, haciéndolos objeto del cariño que con verdadera lealtad debe profesarles el que se precie de bien nacido en esta bendita y mil veces querida perla del Ebro.



